

Los Arboles

Mueren de Pie

Por MANUEL REYNA

El día cinco del mes en curso asistimos al estreno de la obra LOS ARBOLES MUEREN DE PIE, de Alejandro Casona (Alejandro Rodríguez Alvarez) pretexto para la despedida de Anita Villalaz de los escenarios, y patrocinada por el Instituto Nacional de Cultura.

LA OBRA: Los árboles mueren de pie, es una comedia en tres actos, con un estilo simple. Su diálogo es explícito sin complicaciones semánticas. Casona, sabe su oficio y logra a través de efectos uniformes un interés y un balance emocional entre el desenvolvimiento de la trama y el desenlace de la misma. La historia es sencilla y podríamos considerarla continuación de otra obra del mismo autor: PROHIBIDO SUICIDARSE EN PRIMERA, estrenada hace algunos años atrás por el Teatro Universitario, bajo la dirección de José A. Díaz.

Los árboles mueren de pie, (como todas las demás piezas de Casanova) es una pieza escapista, donde los personajes pretenden suavizar la realidad con mentiras y esas propias mentiras se tornan en verdad y para salvar esa "supuesta verdad" se recurre nuevamente a la mentira. Los árboles mueren de pie es una obra evasiva y escapista que no le brinda al público un momento de reflexión; simplemente continúa con el criterio de simple divertimento.

LA ACTUACION:

De las artes y oficios que componen el teatro, la actuación es probablemente la que más hechiza y fascina así como también la que se presta a mayor controversia y confusión. Desde Téspis a Anita Villalaz (para ser folklóricos), el público veleidoso ha ensalzado fuera de toda proporción a aquellos que de algún modo han captado su fantasía y ha pasado por alto o atacado a otros con la misma eficacia. La volubilidad de la fama no es el único factor desconcertante de la actuación. Además, el atractivo final de la actuación es subjetivo. Es buena sólo si produce un gran efecto en un auditorio determinado (el que va solo al Teatro Nacional), pero el público no es un fenómeno fijo sus gustos y costumbres son tan imprevisibles como las modas femeninas.

En los árboles mueren de pie a la interpretación podría aplicársele el término de Stanislavski de "actuación forzada" tipo de conducta de aficionado que es el resultado de la ausencia de cualquier sentimiento o comprensión verdaderos. En Los árboles... los actores se dejaban llevar no por el papel sino por la excitación de actuar, esta es la característica principal del novicio en todos los caminos de la vida y no es desde luego la clase de sentimiento o de emoción que recomienda el ya citado Constantin Stanislavski.

Nuestra Anita Villalaz en ciertas escenas perdía el control sutil del personaje y se dejaba llevar por la emoción y sobreactuaba. El resto del elenco realizó una caracterización mecánica y árida fueron marionetas del director. La señorita Ileana Krupnik recitaba los parlamentos porque no tenía conciencia plena de sus fines en

el escenario. La experiencia, indica que el actor malo tiene la tendencia de ver sólo las imágenes de las palabras impresas o algo igualmente inadecuado. La señorita Krupnik debe saber que para actuar bien, es importante creer en la lógica artística y en la integridad de lo que se está haciendo. El actor tiene que aparentar creer en la verdad artística de todo lo que dice o hace, si quiere que el auditorio crea su actuación.

Rogelio Pretto como principiante de la escena fue mal dirigido. El director de la pieza debería recordar las palabras de Joseph Jefferson: "Al alumno se le debe permitir primero mostrar su calidad para que vea el maestro lo que tiene que enseñar". Pretto se movió por escena como títere (se notaba la mano del director que hasta el mínimo movimiento le marcó en forma falsa y por lo tanto a Pretto le costó ser convincente), es una lástima porque tiene una voz libre y prestancia escénica.

Luis Martínez nos brindó una actuación franca y honesta, lástima que en sus escenas le clavaran música tipo radionovelas que le restaron mérito a su creación. El solo podía mantener el climax de la escena sin muletillas adicionales como la música de fondo.

LA DIRECCION:

"La única forma de aprender a dirigir un drama, es conseguir uno, reunir a un grupo de actores que sean suficientemente sencillos para dejarse dirigir, y dirigir" (Tyrone Guthrie). En el caso específico de la obra que nos ocupa, desde la dirección al reparto total no encontramos lo esencial que debe caracterizar al hecho artístico: la sencillez y la honestidad. El trabajo de dirigir exige la imaginación, la sensibilidad de un artista, la habilidad y la paciencia de un maestro y la organización de un jefe de empresa. En los árboles... todas estas cualidades no aparecen por ninguna parte. Se olvidó que el teatro es un arte de grupo que requiere el trabajo en equipo y en esta pieza cada actor quería sobresalir del resto del elenco.

La dirección olvidó hacer un análisis del tema, finalidad, caracterización, estilo y época. Se olvidó en fin de extraer de la página impresa la esencia dramática de la obra. El director ignoró también que la caracterización es una de las cosas que debió cuidar con atención. No respetó "el significado" del autor por tal motivo mata a la protagonista sin miramientos. La acción no fue planeada, por eso no es raro ver tres actores en una escena dada en el mismo plano, y los constantes desequilibrios escénicos.

Un buen trabajo de movimiento, cuando se planea hábilmente, se sirve de elementos de composición tales como el énfasis, la variedad, el equilibrio, la proporción, la gracia y la armonía. Nada es más eficaz para aflojar la tensión innecesaria que la acción bien planeada, bien organizada. Es una lástima que tantos directores aficionados sean muy deficientes en este aspecto. Los árboles mueren de pie, se llevó a escena también para recolectar fondos Pro Sala Teatro del INAC, ojalá hayan logrado por lo menos este objetivo.